

se por su casa cuando nos hallemos de vuelta en nuestro país!

Y tanto insistió, que para que me dejara en paz y pudiera contemplar el Océano á mis anchas, víme precisado á prometerle que se lo preguntaría.

Entretanto, de cuando en cuando y á no menor distancia de cien pasos unos de otros, alcanzábamos dos ó tres mulos cargados, soldados á caballo, criados á pie: fragmentos desperdigados de la caravana que se extendía sobre el camino, en un espacio de más de una hora. Entre los soldados veíanse algunos de Larache, muy rotos y destrozados, con un pañuelo ceñido en derredor de la cabeza y una espingarda enmohecida entre las manos; y entre los criados, muchachos de doce á quince años, que hasta entonces no había visto, y que, según se me dijo, se habían venido escapados de la casa de sus padres, desde Mequinez y Karia-el-Abbassi, y se habían juntado á la caravana, sin más prenda ni otro haber que la camisa que llevaban puesta, para trasladarse á Tánger, la ciudad civilizada, en busca de fortuna, viviendo entretanto de las sobras que les daban los soldados. En alguno de dichos grupos veíase á uno que contaba historias: otros cantaban y todos parecían muy alegres.

A la mitad de la jornada nos detuvimos á la sombra de un peñasco para desayunarnos.

Aquí tuve ocasión de presenciar una escena que me dió á conocer la índole de aquellas gentes, mejor que un volumen de consideraciones psicológicas.

Cerca de nosotros hallábase un soldado sentado sobre la arena; algo más apartado otro; más lejos aún un criado; á unos cincuenta pasos de éste, en la pendiente de un cerro, otro criado, sentado sobre una fuenteilla, con una alcarraza

entre las piernas. Como deseaba beber, dirigiéndome al primer soldado, grité: — ¡*Elma!* (agua)— y le indiqué la fuente. El soldado me contestó afirmativamente con un ademán cortés, y ordenó imperiosamente al otro que le estaba próximo que fuera por agua. Éste indicó que estaba dispuesto á obedecer inmediatamente y al par reprendía al criado, su vecino, porque no había corrido ya en busca de lo que se pedía. El criado objeto de la reprensión se incorporó, y dando dos ó tres pasos precipitados hacia el que permanecía sentado junto al manantial, mandóle que trajera inmediatamente el agua que pedía. Pero éste, viendo que yo nada le decía, continuó sentado como si tal cosa. Transcurrieron cinco minutos: el agua no venía. Diríjme de nuevo al primer soldado, y repitióse la escena. En resumen, si quise beber, fué indispensable que gritando hasta echar los bofes me dirigiera personalmente al criado de la alcarraza, el cual, después de algunos instantes de reflexionarlo, se resolvió á llenarla y me la trajo á paso de tortuga.

Seguimos adelante. Soplaban una brisa fresca y una nube ocultaba el sol, de manera que nuestro viaje era más bien un paseo delicioso; mas como continuara subiendo la marea, y estrechándose sucesivamente aquella vía de arena sobre que íbamos caminando uno á uno, nos encontramos al cabo aprisionados entre el mar y la costa acantilada que casi cortada á pico se levantaba á nuestra derecha, y obligados por consiguiente á caminar entre los arrecifes contra los cuales venían á estrellarse las olas. Más de una vez asustándoseme la cabalgadura, encontréme rodeado de agua por todas partes, envuelto en una nube de espuma, sordo, ciego, y me cruzó la mente y hasta llegué á entrever el contenido del articulejo necrológico que mis amigos habían escrito. Pero, como decía el cocinero,

nuestra hora no había llegado, y después de una milla de camino, alcanzamos una colina accesible sobre la cual nos precipitamos apresuradamente, volviendo la cabeza atrás para *remirar lo pasado*.

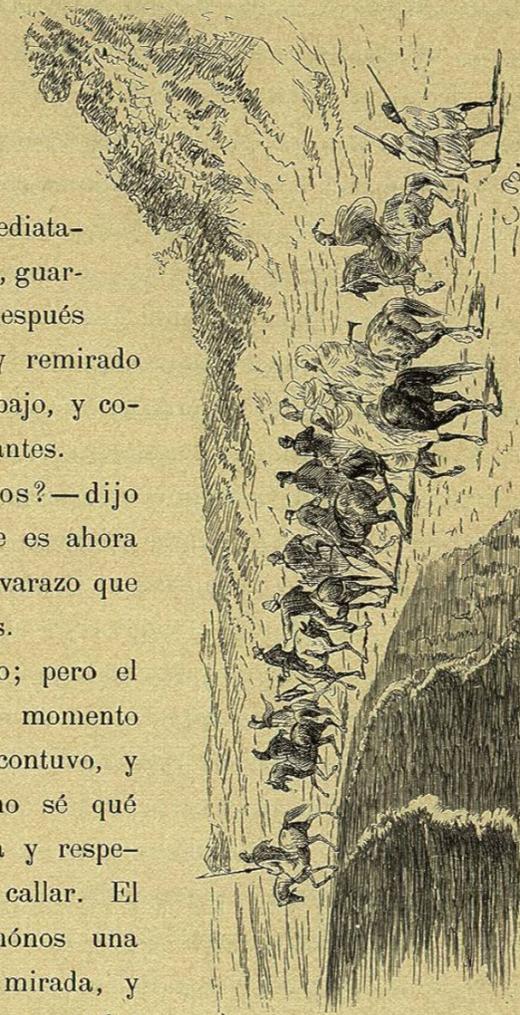
Venía con nosotros á caballo un soldado viejo de Larache, un poco tocado de la cabeza, que reía sin cesar, pero que en cambio conocía perfectamente el camino, el cual nos hizo dar la vuelta á la colina, y á través de un espeso bosque de carrascas, lentiscos, abedules, alcornoques, retamas y arbustos de toda especie, dando mil vueltas y revueltas por senderos escondidos entre zarzas y malezas, con lodo unas veces, otras en medio del agua y muchas en medio de la más profunda oscuridad, por sitios en los cuales parecía que jamás hubiese pisado la planta del hombre, y riendo como de costumbre, después de un dilatado y largo rodeo, desollados y rotos, nos condujo de nuevo á la orilla del mar, en la cual veíase aún un pequeño espacio, libre del agua.

Como la caravana no había llegado aún, la playa estaba desierta, de manera que estuvimos caminando buena pieza sin ver otra cosa más que cielo, agua y el pie de los innumerables mogotes que constituyen la costa y que formando una no interrumpida sucesión de pequeños senos, nos cerraban el horizonte por el frente y por la espalda. Caminábamos silenciosamente el uno detrás del otro, sobre la arena intacta y blanda como una alfombra, todos, según presumo, con la cabeza á cien leguas de Marruecos, cuando de improviso saltó delante de nosotros desde detrás de un peñasco, un espectro, que tal nos pareció un viejo horrible, medio desnudo, con una gran corona de flores amarillas en la cabeza—un santón,—el cual emprendió el camino á nuestro encuentro dando terribles alaridos, como loco furioso, y accionando con ambas

manos en ademán de arañarse el rostro y arrancarse las barbas. Detuvimos para contemplarlo; enfurecióse más aún. Ranni, sin andarse en repulgos de empanada, adelantóse á él decidido á descargarle un palo; pero yo le detuve y arrojé al santón una moneda, con lo cual el bribón se calló inmediatamente, recogió aquella, guardóse la en el seno, después de haberla mirado y remirado por encima y por debajo, y comenzó á aullar como antes.

—¿Esas tenemos?—dijo Ranni;—pues lo que es ahora no te escapas de un varazo que te hará cantar de veras.

Y levantó el palo; pero el soldado, que por un momento dejó de reirse, le contuvo, y diciendo al santón no sé qué palabras en voz baja y respetuosa, le decidió á callar. El horrible viejo fulminónos una nueva profundísima mirada, y desapareció de nuevo entre los escollos, en los cuales, según se nos dijo, vive hace más de dos años, alimentándose de hierbas, sin más propósito que lanzar desde aquel sitio terribles maldiciones contra los buques de los nazarenos que cruzan el horizonte.



A orillas del Atlántico

Desde dicho punto volvimos á subir al monte y durante largo rato seguimos un sendero tortuoso abierto entre las retamas, los lentiscos y las peñas. En algunos puntos el sendero corría al borde mismo del precipicio, de manera que debajo de nosotros, á una profundidad inmensa, veíamos el mar azotando furioso los peñascos, y una larga extensión de la playa, sobre la cual se distinguían, hasta perderse de vista, la dispersa caravana y el inmenso horizonte del Océano azul, salpicado de manchas blanquecinas que no eran otra cosa que el velamen de los buques que navegaban á inmensa distancia. Los montes sobre los cuales avanzábamos, formaban con sus cimas redondeadas una vasta llanura ondulada, completamente cubierta de elevados arbustos, en la cual no se descubría ni rastro siquiera de cultivo, ni una casa, ni una cabaña, ni vestigio de criatura humana, ni se oía más ruido que el lejano rumor del oleaje.

— ¡Qué país! — exclamaba el cocinero, dirigiendo inquietas miradas hacia todos los puntos de aquella soledad. — ¡Qué país para que no debamos esperar algún mal encuentro!

Y preguntóme repetidas veces si no era de temer que nos acometiera un león. Subiendo y bajando, perdiéndonos de vista y encontrándonos repetidas veces en medio de los arbustos, hacía casi dos horas que estábamos caminando por esos montes desiertos, y empezábamos á temer que nos hubiésemos extraviado, cuando desde la cumbre de una colina, distinguimos á corta distancia las torres de Arcilla, y toda la costa hasta el cabo Espartel, cuyo azulado contorno se dibujaba perfectamente sobre una atmósfera pura y diáfana.

Fué semejante espectáculo motivo de regocijo para toda mi pequeña caravana; pero por desgracia de muy corta duración.

Y es que al descender hacia la playa, escondido entre

los árboles, pero algo apartado aún, descubrimos un grupo de caballos y hombres acurrucados, que en cuanto nos vieron se pusieron en pie, montaron y vinieron hacia nosotros, extendiéndose en una sola línea en forma de media luna, cual si pretendieran evitar que por un atajo emprendiéramos la fuga hacia la ciudad.

— Ahora va de veras, pensé; lo que es esta vez no nos escapamos: es una partida.

E indiqué á los demás que se detuvieran.

— Que pase adelante el moro, — dijo el cocinero.

El soldado moro se acercó á ver lo que se nos ofrecía.

— Piporrazo y á ellos, — gritó el cocinero temblando.

— Poco á poco, — dije, — antes de hacerlos pedazos, sepamos si ellos pretenden despedazarnos.

Contemplélos detenidamente y ví que adelantaban al trote: eran diez, parte vestidos con colores oscuros, parte blancos; parecióme que ninguno llevaba espingarda: el jefe era un anciano de luenga barba blanca: me tranquilicé.

— Formemos el cuadro, — continuó aquél.

— No es menester, — dije, — viendo al anciano que descubierta la cabeza se adelantaba á nosotros con el gorro en la mano.

Era un israelita.

Al hallarse á diez pasos se detuvo con todo su séquito, compuesto de otros cuatro judíos y de cinco criados árabes, é hizo ademán de dirigirme la palabra.

— *Hable usted*, — le dije.

— Soy fulano de tal y de cual, — contestó en español, inclinándose profunda y respetuosamente, — agente consular de Italia y de todos los demás Estados europeos en la ciudad de Arcilla. ¿Tengo el honor de hallarme en presencia de su